

Capítulo 6 — El cauce escondido



Al tercer día sin una fuente estable de agua, el cuerpo se convierte en juez y verdugo.

Sira caminaba con lentitud, no por falta de voluntad, sino porque cada paso parecía más pesado que el anterior. Su lengua era una lija. Los músculos protestaban. Pero aún tenía su mente, y eso, en su mundo, era una herramienta más poderosa que cualquier cuchillo.

El sonido había vuelto. Un murmullo leve al principio, apenas un roce en el viento. Pero era constante, como un susurro que no necesitaba lengua para hablar. Agua corriendo.

Lo siguió sin acelerar. El instinto decía ir rápido, pero el instinto también muere de sed. Cruzó un conjunto de peñas bajas y un campo de hierbas pálidas que crujían al tocarlas.

Allí el terreno descendía, y entre los recodos de piedra empezó a ver vegetación más gruesa. Cañas. Helechos. Árboles de copa cerrada. Algo se agitaba más allá.

Y entonces lo vio.

Un río estrecho, de aguas oscuras y fondo profundo, corría al abrigo de una garganta rocosa que lo ocultaba desde cualquier dirección. El cauce serpenteaba entre bloques irregulares y árboles con raíces aéreas que se extendían como dedos largos hacia el agua. No era un torrente salvaje, pero fluía con fuerza suficiente para arrastrar ramas y formar remolinos.

Sira descendió con una sonrisa que no recordaba haber usado en días. Se arrodilló junto a la orilla, bebió despacio, mojó su cuello, su cara, sus muñecas. El frescor era casi doloroso.

—Gracias —susurró, sin saber a quién.

Pasó el resto del día allí.

Primero instaló una pequeña red de recolección en forma de cono, hecha con fibras trenzadas y flotadores improvisados. Luego, montó un campamento simple: un toldo inclinado entre dos árboles, una cama de musgo y corteza seca, y una

trampa para insectos nocturnos, más por costumbre que por necesidad inmediata.

Al atardecer, revisó la red.

Una sorpresa: dos peces extraños, alargados, sin ojos visibles, de escamas gruesas y vientre translúcido.

Desconfiaba de todo lo que no conocía, pero al presionar con un cuchillo la carne de uno de ellos, el olor era bueno.

Pescado de río, firme, con grasa abundante.

Los limpió, los asó al fuego, y comió despacio, casi con ceremonia.

Luego examinó las orillas. Encontró raíces comestibles bajo una planta que parecía un cruce entre juncia y cebolla salvaje, y un arbusto de frutos redondos, con sabor entre amargo y ácido. Un test de amargor y un pequeño raspado sobre su piel no mostraron signos de toxicidad. Añadió algunos al fuego para suavizar su sabor.

Durante la noche, durmió profundamente por primera vez desde que había iniciado la travesía.

El canto de los insectos era regular. La humedad del río había hecho que su trampa solar produjera más agua de la habitual. Incluso la lona del refugio chorreaba un poco al amanecer, condensación de la neblina que se acumulaba en la garganta. Un oasis real, aunque oculto.

Pero no era perfecto.

A la mañana siguiente, encontró huellas.

No humanas, esta vez, sino de un cuadrúpedo de zancada larga. Las marcas eran recientes, y alrededor del campamento, el suelo mostraba señales de que alguien —o algo— había olfateado su red de pesca. Un rastro de baba pegajosa se perdía entre las rocas, demasiado alto para una criatura normal de ese tamaño.

Sira recogió sus cosas con eficacia. No se iría aún, pero sí movería su campamento unos metros arriba del cauce, sobre una repisa desde donde pudiera vigilar ambos extremos del río.

Comenzaba a conocer los ritmos del lugar.

Y empezaba a sospechar que ese río, oculto como estaba, no era solo un recurso natural: era un punto de encuentro. Para animales, para viajeros... y quizás para cosas que solo se acercaban cuando todo dormía.

La supervivencia, una vez más, no era solo cuestión de habilidad. Era cuestión de estar un paso adelante del mundo.

Erik el rojo